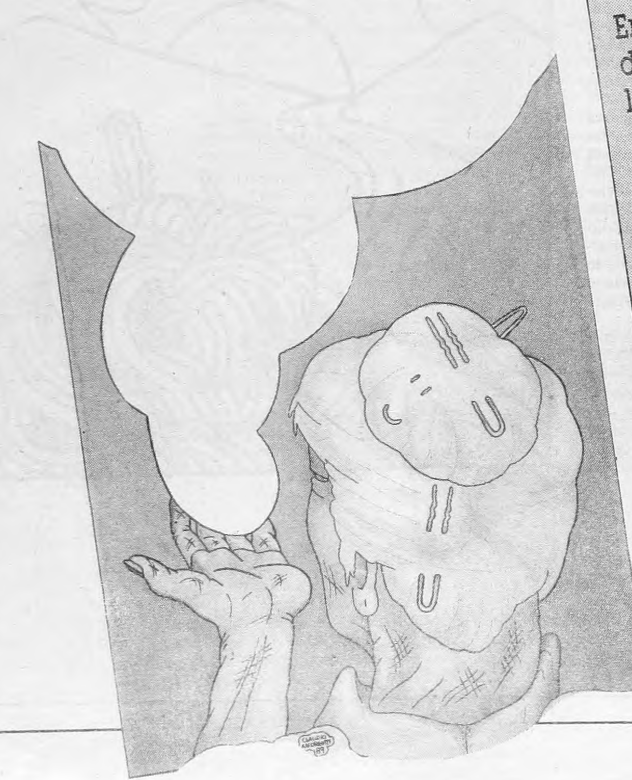
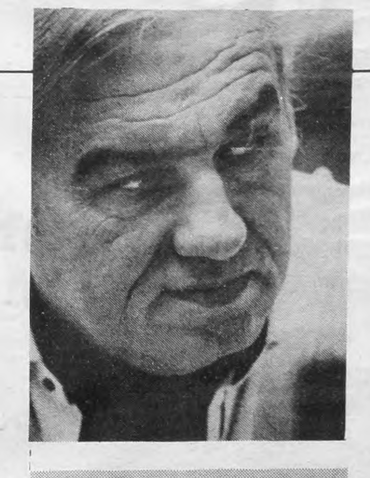
ANTONIO DAL MASETTO

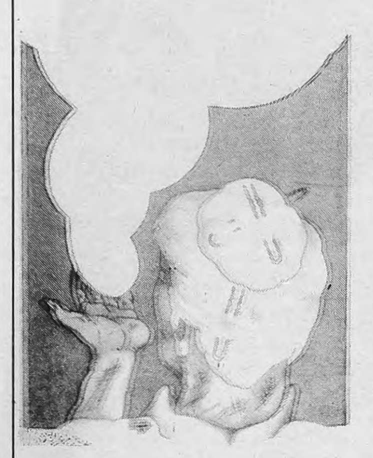
Alejandro Elías

LA MIRADA PERDIDA

En los primeros días del marzo que viene, la editorial Torres Agüero pondrá en librerías el libro *Reventando corbatas*, de Antonio Dal Masetto. Se trata de la segunda recopilación que el autor hace de sus columnas semanales editadas en una revista porteña. La primera fue *Ni perros ni gatos*, que viene de obtener el segundo Premio Municipal en la categoría "cuentos". La mayoría de los lectores conoce a Dal Masetto por estas apariciones periodísticas. Pero una de sus novelas —*Siempre es difícil volver a casa*, Emecé, 1985— logró mención en el Premio Nacional del último período. Se adelantan en exclusividad partes de la novela que el escritor está terminando. Eso da pie a una charla que se publica en contratapa.







"PARA UN TIPO NACIDO EN ITALIA, COMO YO, ESCRIBIR HACE SALTAR ALGO: LA IMPRESION DE QUE A VECES TE FALTA SUELO DEBAJO DE LOS PIES."

Mi casa estaba en las afueras de Trani, pasada la fábrica textil y los primeros prados, subiendo hacia esas montañas por las que se podía ir o escapar a Suiza y a Francia. Desde el extremo del patio, asomándose a la cuesta, se veían las desembocaduras de los ríos San Juan y San Jorge, uno a cada costado del pueblo, y entre ambas los techos de tejas apretados en el último declive contra la costa del lago. Y detrás, las islas, las estelas lentas de los botes de los pescadores, los campanarios de los poblados de la margen de enfrente, más espinazos de montañas en el aire transparente. En ese lugar nací, una mañana de julio de 1911, año en que, según me contaban, los ríos habían crecido como nunca y el San Jorge se había llevado una casa construida demasiado cerca de la orilla y con la casa una familia entera. Los míos era de ahí, aparentemente siempre habían vivido ahí. Hasta donde sé, hasta donde sabían los que me criaron y educaron, ninguno de los que nos habían precedido había llegado desde otras regiones. Me pusieron Agata por mi abuela paterna y Antonieta por mi abuela materna. Tengo dos nombres más, heredados de tías a las que apenas conocí. Ahora que he pasado los setenta y cinco y también yo soy abuela, en estas tierras de llanuras y horizontes abiertos, en este otro pueblo de provincia donde vivimos desde que llegamos a la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial, sigo pensando en aquellos paisajes y en aquella gente con el asombro de quien, cada día, encuentra en su memoria una novedad. Me demoro recordándolos cuando estoy sola y también, de tanto en tanto, relatándoles algunas anécdotas a mis nietos. Ellos que aprenden a manejar computadoras y viven en un mundo lleno de estridencias y velocidad, seguramente registran mis historias como provenientes desde un ámbito un tanto irreal, perdidas en la bruma de un tiempo que no es ni podrá ser jamás el suyo. Para mí, en cambio, cada vez más, es como si todo hubiese ocurrido ayer.

A veces me digo que quien nunca ha visto un nogal no sabe lo que es un árbol. Al fondo del terreno, más allá de las seis hileras de vides y los almácigos, había un nogal. Era alto y fuerte y a través de sus hojas se veían las cimas nevadas. Trepado a una escalera apoyada en el tronco, armado de una vara, mi padre sacudía las ramas con vigor. Me llamaba para que trajera la canasta y juntara las nueces. Hombre extraño, mi padre. Murió cuando yo tenía dieciocho años y jamás lo vi reír.

Ese terreno había sido ganado por mi bisabuelo materno, Juan Rastellini, en una apuesta que tenía sabor de hazaña, a la que muchas veces oí mencionar con misterio y orgullo en las sobremesas de los días de fiesta, pero cuyos pormenores no me fueron revelados. Al principio pensaba en luchas, carreras de caballos, pulseadas, partidas de cartas, pero aquella insistencia en escamotearme la verdad me hicieron sospechar en algún tipo de desafío que orillaba lo prohibido. Por lo tanto, cuando se volvía a tocar el tema, callaba, con la esperanza de captar algunos detalles que me dieran pistas reales. Nunca pude averiguar nada.

Lo cierto es que aquel pedazo de tierra, tan enigmáticamente adquirido, había sido la base de lo que sería nuestra casa. Muchos años después de la muerte de Juan Rastellini, su hija Antonieta, mi abuela, empedernida jugadora de lotto, acertó un terno e hizo construir la primera pieza y la cocina. Ella y mi abuelo Carlos siguieron viviendo en el pueblo, en el tercer piso de un caserón de la calle San Fabián. De aquel golpe de suerte todavía le sobró dinero para la dote de mi madre.

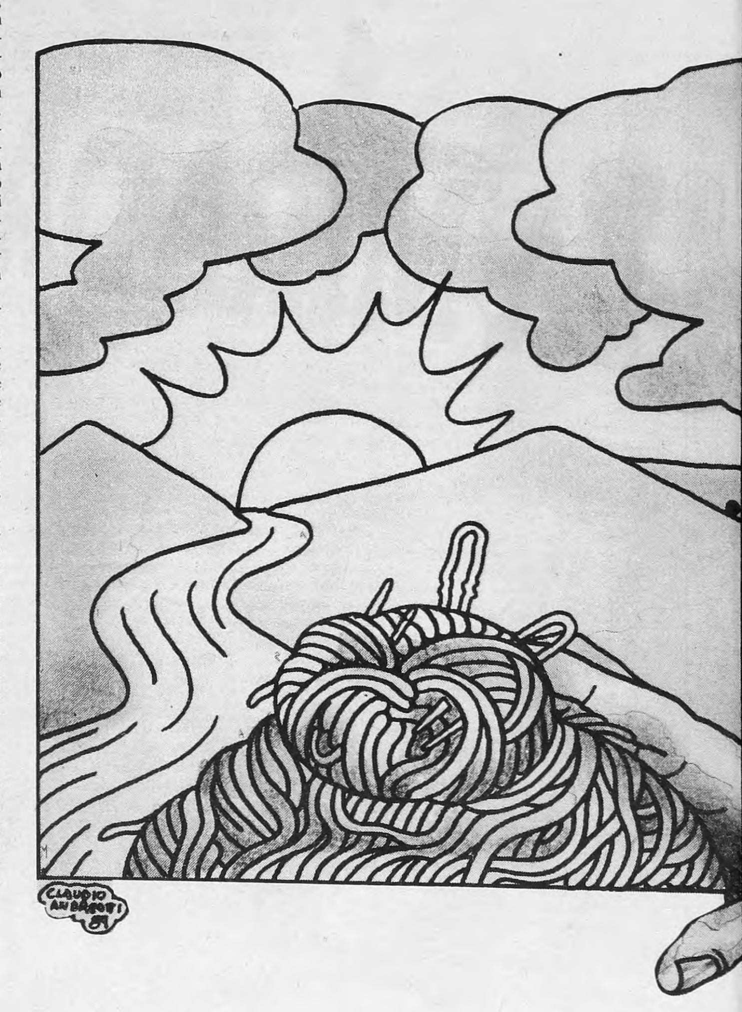
En ese esbozo de casa vivieron mis padres. Ahí nacimos y nos criamos mi hermano y yo. Para esa época mi padre ya le había agregado otra habitación y un sótano. También ahí, después, cuando crecí y me casé, vinieron al mundo mis dos hijos.

Tal como la recuerdo, mi abuela Antonieta era una mujer diminuta y activa, pelo muy crespo y peinado con raya al medio. Venía a visitarnos seguido. Nos preparaba la comida, nos lavaba la ropa. Era bondadosa, siempre dispuesta a prestar ayuda. Poseía un carácter firme, tenía un claro y personal sentido de la justicia y sabía hacer valer sus derechos. Yo conocía una anécdota de cuando era jovencita y trabajaba como obrera en una hilandería. Le pedía que me la contara. Me gustaba porque ponía un entusiasmo especial en el relato, como si todavía la divirtiese y la enorgulleciera, y siempre agregaba algún detalle nuevo. La historia había sido así: misteriosamente, de tanto en tanto, mi abuela solía encontrar los hilos de su telar rotos. Eso significaba atraso en la tarea y además un considerable trabajo para anudar uno por uno todos los hilos. Hasta que un día descubrió quién era la causante: una compañera, mujer hecha, veinte años mayor que ella, que la odiaba por alguna razón. Antonieta le dio una paliza que, según aseguraba, no fue poca cosa. Se la tuvieron que sacar de las manos porque de lo contrario le hubiese arrancado todos los pelos. Pelearse en la fábrica significaba el despido para ambas litigantes, no importaba quién tuviera la razón. Sin embargo, en esa oportunidad, el director la felicitó. Tal vez porque consideró que mi abuela había defendido los intereses de la empresa.

Sé que al casarse recibió un premio que era considerado importante. En su época, las chicas del pueblo que llevaban una conducta ejemplar integraban una lista de honor. Chicas de su casa, que salían poco, que trabajaban duro, que eran honradas, que constituían un ejemplo para todas las demás. Lo cierto es que, cuando se casaban, la Municipalidad les hacía un regalo: una moneda de oro. Porque en aquellos tiempos todavía se usaban monedas de oro. Mi abuela Antonieta fue una de las favorecidas.

Tuvo siete hijos y seis murieron chicos. Solamente lograron salvar a uno, mujer: mi madre. Ignoro dónde aprendió Antonieta todo lo que sabía, pero me consta que sabía muchas cosas y que hasta el fin de sus días —cumplió los ochenta y seis— siempre se ganó su plata. Era lavandera. También enfermera. Y curandera. Iba muchísima gente a verla. Para algunos era más confiable que un médico. Si había que cuidar a un enfermo grave, acudían a ella. De tanto en tanto solían requerirla para vestir a algún muerto. Recuerdo que, estando en su casa o en la nuestra, a veces aparecía un muchacho corriendo, llamándola a los gritos: "Antonieta, Antonieta". Alguien había sufrido un ataque de presión. Antonieta siempre tenía sanguijuelas listas. Después de aplicarlas sobre el cuerpo del enfermo las colocaba en ceniza para que se deshincharan. Curaba todo tipo de lastimaduras con un ungüento de su preparación, al que llamaba aceite de escorpión. Las torceduras no tenían secretos para ella. Masajeaba con habilidad y paciencia, untando brazos y piernas con una pasta elaborada con grasa de cerdo, de olor fuerte y color caramelo. El tratamiento podía durar días, pero no fallaba. Cobraba monedas.

Cierta vez le trajeron a un muchacho que había estado en la guerra y se había despeñado en un barranco. Tenía la espalda destrozada, estaba arruinado. No era de ahí, sino de un pueblo del otro lado del lago, bastante



Mi casa estaba en las afueras de Trani, pasada la fábrica textil y los primeros prados, subiendo hacia esas montañas por las que se podía ir o escapar a Suiza y a Francia. Desde el extremo del patio, asomándose a la cuesta, se veían las desembocaduras de los ríos San Juan y San Jorge, una a cada costado del pueblo, y entre ambas los techos de tejas apretados en el último declive contra la costa del lago. Y detrás, las islas, las estelas lentas de los botes de los pescadores, los campanarios de los poblados de la margen de enfrente, más espinazos de montañas en el aire transparente. En ese lugar nací, una mañana de julio de 1911, año en que, según me contaban, los ríos habían crecido como nunca y el San Jorge se había llevado una casa construida demasiado cerca de la orilla y con la casa una familia entera. Los míos era de ahí, aparentemente siempre habían vivido ahí. Hasta donde sé, hasta donde sabían los que me criaron y educaron, ninguno de los que nos habían precedido había llegado desde otras regiones. Me pusieron Agata por mi abuela paterna y Antonieta por mi abuela materna. Tengo dos nombres más, heredados de tías a las que apenas conocí. Ahora que he pasado los setenta y cinco y también yo soy abuela, en estas tierras de llanuras y horizontes abiertos, en este otro pueblo de provincia donde vivimos desde que llegamos a la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial, sigo pensando en aquellos paisajes y en aquella gente con el asombro de quien, cada día, encuentra en su memoria una novedad. Me demoro recordándolos cuando estoy sola y también, de tanto en tanto, relatándoles algunas anécdotas a mis nietos. Ellos que aprenden a manejar computadoras y viven en un mundo lleno de estridencias y velocidad, seguramente registran mis historias como provenientes desde un ámbito un tanto irreal, perdidas en la bruma de un tiempo que no es ni podrá ser jamás el suyo. Para mí, en cambio, cada vez más, es como si todo hubiese ocurrido ayer.



A veces me digo que quien nunca ha visto un nogal no sabe lo que es un árbol. Al fondo del terreno, más allá de las seis hileras de vides y los almácigos, había un nogal. Era alto y fuerte y a través de sus hojas se veían las cimas nevadas. Trepado a una escalera apoyada en el tronco, armado de una vara, mi padre sacudía las ramas con vigor. Me llamaba para que trajera la canasta y juntara las nueces. Hombre extraño, mi padre. Murió cuando yo tenía dieciocho años y jamás lo vi reír.

Ese terreno había sido ganado por mi bisabuelo materno, Juan Rastellini, en una apuesta que tenía sabor de hazaña, a la que muchas veces oí mencionar con misterio y orgullo en las sobremesas de los días de fiesta, pero cuyos pormenores no me fueron revelados. Al principio pensaba en luchas, carreras de caballos, pulseadas, partidas de cartas, pero aquella insistencia en escamotearme la verdad me hicieron sospechar en algún tipo de desafío que orillaba lo prohibido. Por lo tanto, cuando se volvía a tocar el tema, callaba, con la esperanza de captar algunos detalles que me dieran pistas reales. Nunca pude averiguar nada.

Lo cierto es que aquel pedazo de tierra, tan enigmáticamente adquirido, había sido la base de lo que sería nuestra casa. Muchos años después de la muerte de Juan Rastellini, su hija Antonieta, mi abuela, empedernida jugadora de lotto, acertó un terno e hizo construir la primera pieza y la cocina. Ella y mi abuelo Carlos siguieron viviendo en el pueblo, en el tercer piso de un caserón de la calle San Fabián. De aquel golpe de suerte todavía le sobró dinero para la dote de mi madre.

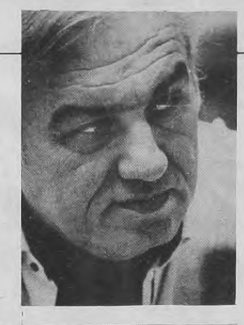
En ese esbozo de casa vivieron mis padres. Ahí nacimos y nos criamos mi hermano y yo. Para esa época mi padre ya le había agregado otra habitación y un sótano. También ahí, después, cuando crecí y me casé, vinieron al mundo mis dos hijos.

Tal como la recuerdo, mi abuela Antonieta era una mujer diminuta y activa, pelo muy crespo y peinado con raya al medio. Venía a visitarnos seguido. Nos preparaba la comida, nos lavaba la ropa. Era bondadosa, siempre dispuesta a prestar ayuda. Poseía un carácter firme, tenía un claro y personal sentido de la justicia y sabía hacer valer sus derechos. Yo conocía una anécdota de cuando era jovencita y trabajaba como obrera en una hilandería. Le pedía que me la contara. Me gustaba porque ponía un entusiasmo especial en el relato, como si todavía la divirtiese y la enorgulleciera, y siempre agregaba algún detalle nuevo. La historia había sido así: misteriosamente, de tanto en tanto, mi abuela solía encontrar los hilos de su telar rotos. Eso significaba atraso en la tarea y además un considerable trabajo para anudar uno por uno todos los hilos. Hasta que un día descubrió quién era la causante: una compañera, mujer hecha, veinte años mayor que ella, que la odiaba por alguna razón. Antonieta le dio una paliza que, según aseguraba, no fue poca cosa. Se la tuvieron que sacar de las manos porque de lo contrario le hubiese arrancado todos los pelos. Pelearse en la fábrica significaba el despido para ambas litigantes, no importaba quién tuviera la razón. Sin embargo, en esa oportunidad, el director la felicitó. Tal vez porque consideró que mi abuela había defendido los intereses de la empresa.

Sé que al casarse recibió un premio que era considerado importante. En su época, las chicas del pueblo que llevaban una conducta ejemplar integraban una lista de honor. Chicas de su casa, que salían poco, que trabajaban duro, que eran honradas, que constituían un ejemplo para todas las demás. Lo cierto es que, cuando se casaban, la Municipalidad les hacía un regalo: una moneda de oro. Porque en aquellos tiempos todavía se usaban monedas de oro. Mi abuela Antonieta fue una de las favorecidas.

Tuvo siete hijos y seis murieron chicos. Solamente lograron salvar a uno, mujer: mi madre. Ignoro dónde aprendió Antonieta todo lo que sabía, pero me consta que sabía muchas cosas y que hasta el fin de sus días —cumplió los ochenta y seis— siempre se ganó su plata. Era lavandera. También enfermera. Y curandera. Iba muchísima gente a verla. Para algunos era más confiable que un médico. Si había que cuidar a un enfermo grave, acudían a ella. De tanto en tanto solían requerirla para vestir a algún muerto. Recuerdo que, estando en su casa o en la nuestra, a veces aparecía un muchacho corriendo, llamándola a los gritos: "Antonieta, Antonieta". Alguien había sufrido un ataque de presión. Antonieta siempre tenía sanguijuelas listas. Después de aplicarlas sobre el cuerpo del enfermo las colocaba en ceniza para que se deshincharan. Curaba todo tipo de lastimaduras con un ungüento de su preparación, al que llamaba aceite de escorpión. Las torceduras no tenían secretos para ella. Masajeaba con habilidad y paciencia, untando brazos y piernas con una pasta elaborada con grasa de cerdo, de olor fuerte y color caramelo. El tratamiento podía durar días, pero no fallaba. Cobraba monedas.

Cierta vez le trajeron a un muchacho que había estado en la guerra y se había despeñado en un barranco. Tenía la espalda destrozada, estaba arruinado. No era de ahí, sino de un pueblo del otro lado del lago, bastante lejos, lo cual me hizo pensar que a mi abuela la conocían en muchas partes. Lo instalaron en una cama, en una casa, y poco a poco, con ungüentos, yuyos y esas cosas que ella manejaba, lo curó.



"PARA UN TIPO NACIDO EN ITALIA, COMO YO, ESCRIBIR HACE SALTAR ALGO: LA IMPRESION DE QUE A VECES TE FALTA SUELO DEBAJO DE LOS PIES."

En otra oportunidad la llamaron para otro caso grave. Los integrantes de una junta médica habían resuelto amputar la pierna de cierta señora. La familia, antes de aceptar aquella determinación, consultó con mi abuela. Ella acudió y colocó una cadena de sanguijuelas alrededor del muslo. Al cabo de varias aplicaciones, las sanguijuelas chuparon toda la sangre enferma y la mujer sanó sin necesidad de amputación. Esa fue la información que me llegó. Me contaban que los médicos estaban asombrados. El doctor De Lorenzo, viejo cirujano del pueblo, la apreciaba mucho. La conocía bien porque donde estaba él, siempre, por una razón o por otra, también estaba ella. Al saludarla le decía:

—¿Cómo está, mujer de roble?

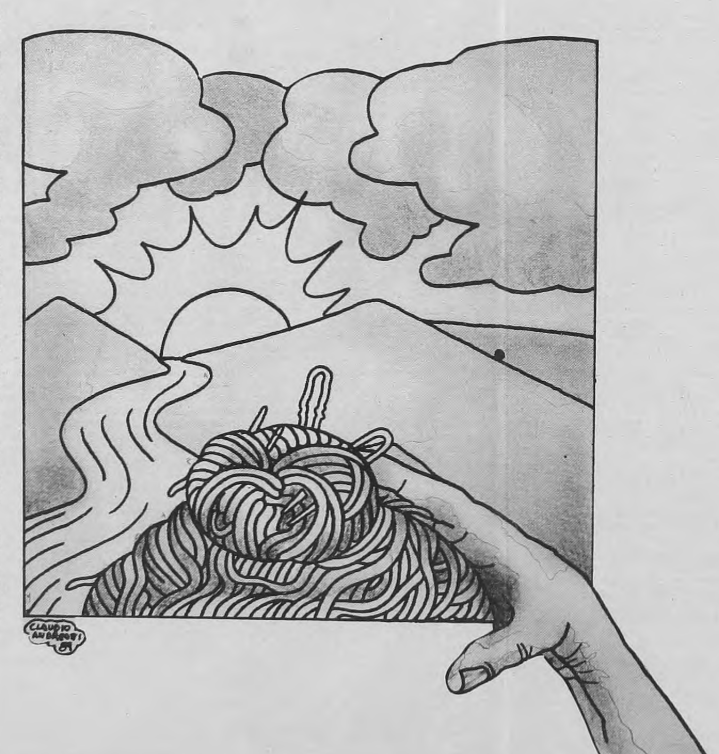
Si yo estaba con ella, me tomaba el mentón:

—Esta abuela tuya vale un Perú.

A veces Antonieta me llevaba a visitar a sus pacientes. Entonces yo corría detrás, cuesta arriba o cuesta abajo por calles y senderos, tratando de no quedar rezagada. Mi abuela, sin detener su paso parejo, giraba la cabeza y de tanto en tanto me alentaba:

—Vamos, Agata, que nos están esperando.

Llegábamos: saludos, frases apresuradas en voz baja y después mi abuela me tocaba la cabeza y me decía que no tardaría. Me sentaba en una cocina en penumbras o en un patio (invariablemente los recuerdo con parrales y glicinas), y siempre había una mujer que me ofrecía una rebanada de pan o una fruta. Esperaba mirando la puerta por la que mi abuela había desaparecido. Aquellas puertas, todas, eran para mí el acceso a una zona de misterio, donde ella ejercía una suerte de poder mágico. El misterio me alcanzaba, me envolvía y en esa espera era como si el tiempo y el curso de las cosas se hubiesen detenido. No me impacientaba. Sabía que en cualquier momento la vería aparecer, emergiendo de lo desconocido y del silencio. Así sucedía y entonces el mundo volvía a ser como antes. Emprendíamos el regreso con menos prisa y durante el camino mi abuela deslizaba parcos comentarios acerca de la familia que acabábamos de visitar. Más bien se refería a parentescos y oficios, raras veces a dolencias y enfermedades. Yo la escuchaba y me preguntaba si algún día sería como ella, si adquiriría su sabiduría y si la gente vendría a buscarme para solicitar mi ayuda. Aunque no lo advirtiera, seguramente comenzaba a asimilar entonces la tácita enseñanza que, primero confusamente, luego con más claridad, se me fue revelando con el correr de los años: la evidencia de que mi abuela no dependía de nadie, de que se bastaba y seguramente siempre se había bastado a sí misma.



Oía a mi padre, a mi madrina, a Battista, a algunos vecinos, inclusive a mi abuela, hablar de política. Intuía que algo estaba sucediendo y que seguramente tenía su importancia ya que los mayores le dedicaban tanto tiempo y saliva. Pero siempre pasaban cosas en alguna parte, allá afuera, lejos. La guerra, de la que tanto se había hablado y se seguía hablando, no había significado para mí más que la prolongada ausencia de mi padre y la muerte de Aldo. Lo demás, las trincheras, las cifras, sólo eran noticias vagas, impresionantes a veces, pero ajenas, ecos que bien podrían haber pertenecido a otras épocas o llegados desde otras tierras, Africa, América. Mi mundo, intocado, el único que importaba, seguía siendo el que permanecía encerrado en el ámbito establecido por nuestra casa y la presencia de mi gente.

La violencia de dos hechos, creo que casi simultáneos, vino a demostrarme la vulnerabilidad de aquel cerco imaginario construido por mí. Mi abuelo Carlos, después de aquella dolencia a raíz de la cual me había hecho llamar cuando estaba en el orfanato de Pallanza, se había ido recuperando poco a poco, pero ya casi no podía moverse y permanecía todo el tiempo en cama o a lo sumo sentado en una silla. Cuando me veía preguntaba por su duraznero, me pedía que le llevara los primeros frutos maduros, los analizaba, los sopesaba, averiguaba qué fecha era, hacía cálculos y seguía teorizando sobre el inevitable y fatídico enfriamiento del sol.

Aquel día había ido al caserón de la calle San Fabián y estaba jugando abajo, con las hijas de unos vecinos, en el gran patio empedrado. Vi que por el portón de madera que daba a la calle habían ingresado algunos hombres y después oí voces arriba. Subí y me encontré con aquellos tipos —eran tres— que trataban de llevarse a mi abuelo. Le decían:

—Tiene que venir con nosotros.

Más tarde supe que pertenecían al partido fascista y se encargaban de que la gente fuera a votar. Se llevaban a todo el mundo: enfermos, lisiados, ciegos, dementes. Mi abuelo se resistía, gritaba que no quería ir, que no sabía votar, que no sabía leer ni escribir, que nunca había ido a la escuela. Mi abuela se interponía, gritaba también ella:

—Es un hombre enfermo, no pueden tocarlo.

De aquellos tres, el que más hablaba era un tipo bajo y fornido, cara puntiaguda y ojos pequeños, que me hizo pensar en una rata. Se llamaba Spone y era el hijo del portero de la fábrica de sombreros. Yo me había detenido en la puerta, no entendía, estaba aterrada. Acabados los argumentos, Spone ordenó a los otros dos que sacaran a mi abuelo de la cama y lo colocaran en una silla. Así lo hicieron. Entonces vi a mi abuela salir corriendo y desaparecer escaleras abajo. Cuando pasó a mi lado alcanzó a decirme:

—Andate a la casa de Lucía.

Lucía era una vecina del mismo piso. Pero me quedé ahí. Me hice a un lado cuando los dos hombres salieron cargando a mi abuelo sentado en la silla. Mi abuelo ya no protestaba, tenía cara de asustado.

Mi abuela, mientras tanto, había ido a pedir ayuda a un tal Tabini, que vivía cerca y para quien había trabajado durante años, un jerarca fascista. Tabini llegó cuando el grupo ya había llegado abajo y estaba cruzando el patio hacia la calle. Se apartó con Spone y conversaron. Los otros dos habían depositado la silla en el suelo y esperaban. Había gente en las puertas y en los balcones que daban al patio. Nadie hablaba. Mi abuelo mantenía la mirada fija hacia adelante, parecía avergonzado. Finalmente, Spone y los suyos aceptaron irse sin él. Pero no lo devolvieron a su cama. Antes de marcharse llamaron a un par de los hombres que estaban asomados para que lo cargaran. Entonces la gente se acercó. Hubo comentarios y todos, chicos y grandes, subimos por la escalera detrás de la silla, y aquello parecía una procesión. Dos chiquitos, detrás de mí, gritaron:

—Viva don Carlos.

En el segundo hecho también intervino Spone. Después de la muerte de mi madre, mi padre había comenzado a ir un rato a la hostería algunos días de semana, a tomar un vaso de vino y a charlar con los conocidos cuando volvía del trabajo. La hostería estaba en Rino, un grupo de casas ubicado cerca de aquella fuente donde mi hermano había creído ver a mamá. Cierta noche mi padre se había encontrado con un amigo, Bruno Teani, socialista, a quien yo conocía de vista. Teani medía más de dos metros y le faltaba una pierna. Había sufrido un accidente hacía años, cuando era muchacho, mientras trabajaba con una cuadrilla abriendo un camino, montaña arriba. En aquella oportunidad estaba solo, con un carro y una mula, lejos del campamento. En un descuido, una sierra, una máquina, le había amputado la pierna izquierda por encima de la rodilla. Pero no totalmente: la pierna había quedado adherida por algunos tendones. Teani, con un cuchillo, se la terminó de cortar para que no le estorbara, la arrojó sobre el carro, trepó el mismo, logró aferrar las riendas y se lanzó cuesta abajo hacia el campamento. Sus compañeros oyeron los gritos repercutiendo por la montaña mucho antes de que llegara. Lo llevaron hasta un poblado cercano, donde había un médico y lo salvaron. Pidió que enterraran su pierna en el lugar del accidente. Me contaron que le divertía subir hasta allá con algún amigo y tomar alguna botella de vino bajo los árboles, ahí mismo donde —decía— había nacido por segunda vez. Teani era famoso porque en las peleas se afirmaba sobre su única pierna, apoyaba la espalda contra la pared y entraba a revolear la muleta. En el pueblo había varias cabezas que llevaban el recuerdo de sus garrotazos.

Teani y mi padre habían estado tomando vino y jugando a las cartas. Apareció Spone acompañado por otros dos. En cuanto los vio, Teani comenzó a hacer comentarios en voz alta contra Mussolini y el fascismo. Mientras el gigante estuvo en la hostería, Spone y sus compañeros se quedaron quietos en sus sillas, tomando sus vinos, como si no oyeran. Seguramente, también ellos sentían respeto por la contundencia de aquella muleta. Pero más tarde, apenas Teani se fue, reaccionaron, se abalanzaron sobre mi padre, lo obligaron a levantarse, lo sacaron a empujones a la calle y le dieron una paliza.

Me acuerdo bien de aquella noche. Mi padre llegó a casa y se fue directamente a la cama. Durante un largo rato lo oímos quejarse, protestar y, nos pareció, lloriquear. No sabíamos qué había pasado y nos enteramos al día siguiente. Pero no por boca de mi padre, él jamás nos habló del incidente. En cuanto a mí, es probable que en esos días comenzara a sospechar que también la seguridad de aquellas paredes podía estar amenazada y que no bastaba con echar llave a la puerta.

lejos, lo cual me hizo pensar que a mi abuela la conocían en muchas partes. Lo instalaron en una cama, en una casa, y poco a poco, con ungüentos, yuyos y esas cosas que ella manejaba, lo curó.

En otra oportunidad la llamaron para otro caso grave. Los integrantes de una junta médica habían resuelto amputar la pierna de cierta señora. La familia, antes de aceptar aquella determinación, consultó con mi abuela. Ella acudió y colocó una cadena de sanguijuelas alrededor del muslo. Al cabo de varias aplicaciones, las sanguijuelas chuparon toda la sangre enferma y la mujer sanó sin necesidad de amputación. Esa fue la información que me llegó. Me contaban que los médicos estaban asombrados. El doctor De Lorenzo, viejo cirujano del pueblo, la apreciaba mucho. La conocía bien porque donde estaba él, siempre, por una razón o por otra, también estaba ella. Al saludarla le decía:

—¿Cómo está, mujer de roble?

Si yo estaba con ella, me tomaba el mentón:

—Esta abuela tuya vale un Perú.

A veces Antonieta me llevaba a visitar a sus pacientes. Entonces yo corría detrás, cuesta arriba o cuesta abajo por calles y senderos, tratando de no quedar rezagada. Mi abuela, sin detener su paso parejo, giraba la cabeza y de tanto en tanto me alentaba:

—Vamos, Agata, que nos están esperando.

Llegábamos: saludos, frases apresuradas en voz baja y después mi abuela me tocaba la cabeza y me decía que no tardaría. Me sentaba en una cocina en penumbras o en un patio (invariablemente los recuerdo con parrales y glicinas), y siempre había una mujer que me ofrecía una rebanada de pan o una fruta. Esperaba mirando la puerta por la que mi abuela había desaparecido. Aquellas puertas, todas, eran para mí el acceso a una zona de misterio, donde ella ejercía una suerte de poder mágico. El misterio me alcanzaba, me envolvía y en esa espera era como si el tiempo y el curso de las cosas se hubiesen detenido. No me impacientaba. Sabía que en cualquier momento la vería aparecer, emergiendo de lo desconocido y del silencio. Así sucedía y entonces el mundo volvía a ser como antes. Emprendíamos el regreso con menos prisa y durante el camino mi abuela deslizaba parcos comentarios acerca de la familia que acabábamos de visitar. Más bien se refería a parentescos y oficios, raras veces a dolencias y enfermedades. Yo la escuchaba y me preguntaba si algún día sería como ella, si adquiriría su sabiduría y si la gente vendría a buscarme para solicitar mi ayuda. Aunque no lo advirtiera, seguramente comenzaba a asimilar entonces la tácita enseñanza que, primero confusamente, luego con más claridad, se me fue revelando con el correr de los años: la evidencia de que mi abuela no dependía de nadie, de que se bastaba y seguramente siempre se había bastado a sí misma.

Oía a mi padre, a mi madrina, a Battista, a algunos vecinos, inclusive a mi abuela, hablar de política. Intuía que algo estaba sucediendo y que seguramente tenía su importancia ya que los mayores le dedicaban tanto tiempo y saliva. Pero siempre pasaban cosas en alguna parte, allá afuera, lejos. La guerra, de la que tanto se había hablado y se seguía hablando, no había significado para mí más que la prolongada ausencia de mi padre y la muerte de Aldo. Lo demás, las trincheras, las cifras, sólo eran noticias vagas, impresionantes a veces, pero ajenas, ecos que bien podrían haber pertenecido a otras épocas o llegados desde otras tierras, Africa, América. Mi mundo, intocado, el único que importaba, seguía siendo el que permanecía encerrado en el ámbito establecido por nuestra casa y la presencia de mi gente.

La violencia de dos hechos, creo que casi simultáneos, vino a demostrarme la vulnerabilidad de aquel cerco imaginario construido por mí. Mi abuelo Carlos, después de aquella dolencia a raíz de la cual me había hecho llamar cuando estaba en el orfanato de Pallanza, se había ido recuperando poco a poco, pero ya casi no podía moverse y permanecía todo el tiempo en cama o a lo sumo sentado en una silla. Cuando me veía preguntaba por su duraznero, me pedía que le llevara los primeros frutos maduros, los analizaba, los sopesaba, averiguaba qué fecha era, hacía cálculos y seguía teorizando sobre el inevitable y fatídico enfriamiento del sol.

Aquel día había ido al caserón de la calle San Fabián y estaba jugando abajo, con las hijas de unos vecinos, en el gran patio empedrado. Vi que por el portón de madera que daba a la calle habían ingresado algunos hombres y después oí voces arriba. Subí y me encontré con aquellos tipos —eran tres— que trataban de llevarse a mi abuelo. Le decían:

—Tiene que venir con nosotros.

Más tarde supe que pertenecían al partido fascista y se encargaban de que la gente fuera a votar. Se llevaban a todo el mundo: enfermos, lisiados, ciegos, dementes. Mi abuelo se resistía, gritaba que no quería ir, que no sabía votar, que no sabía leer ni escribir, que nunca había ido a la escuela. Mi abuela se interponía, gritaba también ella:

—Es un hombre enfermo, no pueden tocarlo.

De aquellos tres, el que más hablaba era un tipo bajo y fornido, cara puntiaguda y ojos pequeños, que me hizo pensar en una rata. Se llamaba Spone y era el hijo del portero de la fábrica de sombreros. Yo me había detenido en la puerta, no entendía, estaba aterrada. Acabados los argumentos, Spone ordenó a los otros dos que sacaran a mi abuelo de la cama y lo colocaran en una silla. Así lo hicieron. Entonces vi a mi abuela salir corriendo y desaparecer escaleras abajo. Cuando pasó a mi lado alcanzó a decirme:

—Andate a la casa de Lucía.

Lucía era una vecina del mismo piso. Pero me quedé ahí. Me hice a un lado cuando los dos hombres salieron cargando a mi abuelo sentado en la silla. Mi abuelo ya no protestaba, tenía cara de asustado.

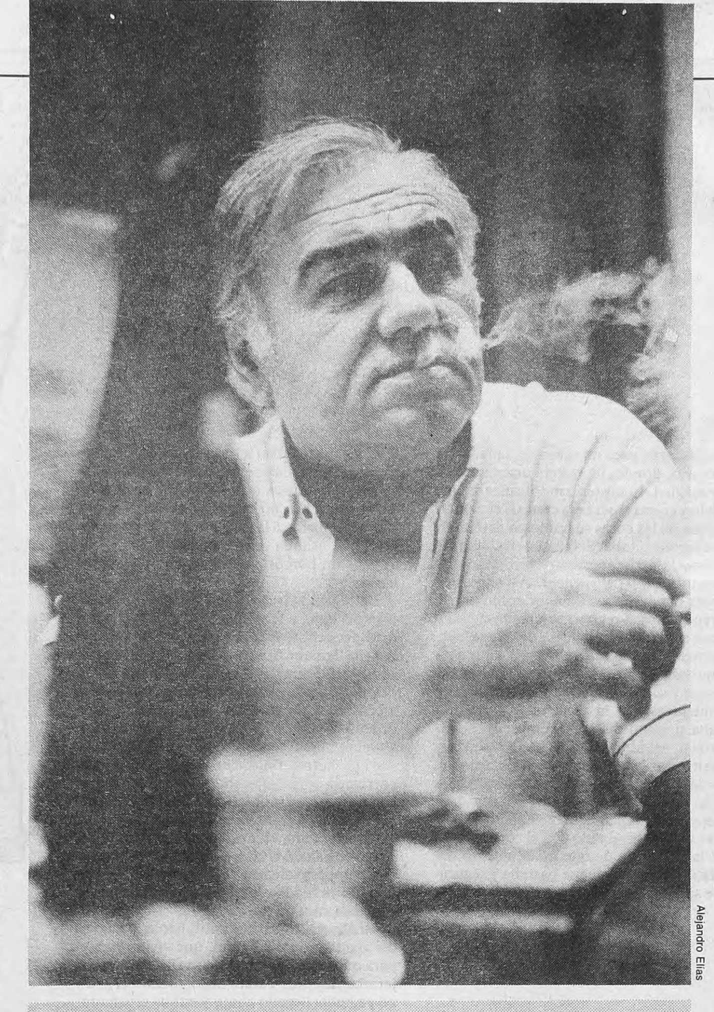
Mi abuela, mientras tanto, había ido a pedir ayuda a un tal Tabini, que vivía cerca y para quien había trabajado durante años, un jerarca fascista. Tabini llegó cuando el grupo ya había llegado abajo y estaba cruzando el patio hacia la calle. Se apartó con Spone y conversaron. Los otros dos habían depositado la silla en el suelo y esperaban. Había gente en las puertas y en los balcones que daban al patio. Nadie hablaba. Mi abuelo mantenía la mirada fija hacia adelante, parecía avergonzado. Finalmente, Spone y los suyos aceptaron irse sin él. Pero no lo devolvieron a su cama. Antes de marcharse llamaron a un par de los hombres que estaban asomados para que lo cargaran. Entonces la gente se acercó. Hubo comentarios y todos, chicos y grandes, subimos por la escalera detrás de la silla, y aquello parecía una procesión. Dos chiquitos, detrás de mí, gritaron:

—Viva don Carlos.

En el segundo hecho también intervino Spone. Después de la muerte de mi madre, mi padre había comenzado a ir un rato a la hostería algunos días de semana, a tomar un vaso de vino y a charlar con los conocidos cuando volvía del trabajo. La hostería estaba en Rino, un grupo de casas ubicado cerca de aquella fuente donde mi hermano había creído ver a mamá. Cierta noche mi padre se había encontrado con un amigo, Bruno Teani, socialista, a quien yo conocía de vista. Teani medía más de dos metros y le faltaba una pierna. Había sufrido un accidente hacía años, cuando era muchacho, mientras trabajaba con una cuadrilla abriendo un camino, montaña arriba. En aquella oportunidad estaba solo, con un carro y una mula, lejos del campamento. En un descuido, una sierra, una máquina, le había amputado la pierna izquierda por encima de la rodilla. Pero no totalmente: la pierna había quedado adherida por algunos tendones. Teani, con un cuchillo, se la terminó de cortar para que no le estorbara, la arrojó sobre el carro, trepó el mismo, logró aferrar las riendas y se lanzó cuesta abajo hacia el campamento. Sus compañeros oyeron los gritos repercutiendo por la montaña mucho antes de que llegara. Lo llevaron hasta un poblado cercano, donde había un médico y lo salvaron. Pidió que enterraran su pierna en el lugar del accidente. Me contaron que le divertía subir hasta allá con algún amigo y tomar alguna botella de vino bajo los árboles, ahí mismo donde —decía— había nacido por segunda vez. Teani era famoso porque en las peleas se afirmaba sobre su única pierna, apoyaba la espalda contra la pared y entraba a revolear la muleta. En el pueblo había varias cabezas que llevaban el recuerdo de sus garrotazos.

Teani y mi padre habían estado tomando vino y jugando a las cartas. Apareció Spone acompañado por otros dos. En cuanto los vio, Teani comenzó a hacer comentarios en voz alta contra Mussolini y el fascismo. Mientras el gigante estuvo en la hostería, Spone y sus compañeros se quedaron quietos en sus sillas, tomando sus vinos, como si no oyeran. Seguramente, también ellos sentían respeto por la contundencia de aquella muleta. Pero más tarde, apenas Teani se fue, reaccionaron, se abalanzaron sobre mi padre, lo obligaron a levantarse, lo sacaron a empujones a la calle y le dieron una paliza.

Me acuerdo bien de aquella noche. Mi padre llegó a casa y se fue directamente a la cama. Durante un largo rato lo oímos quejarse, protestar y, nos pareció, lloriquear. No sabíamos qué había pasado y nos enteramos al día siguiente. Pero no por boca de mi padre, él jamás nos habló del incidente. En cuanto a mí, es probable que en esos días comenzara a sospechar que también la seguridad de aquellas paredes podía estar amenazada y que no bastaba con echar llave a la puerta.


Alejandro Elías

LA HISTORIA DE OTRA HISTORIA

Antonio Dal Masetto es poco dado a las especulaciones teóricas, aunque su escritura sea una síntesis que nada tiene que ver con el azar. "De ahí se sale —dice—, contando hay que hablar." De paso, habla de la memoria de los inmigrantes, de lo que dejaron, por la esperanza, del otro lado del mar.

Por Miguel Briante

"A veces me siento extranjero en este país —ironizaba Borges— porque no soy hijo de italianos". Antonio Dal Masetto puede pensar al revés; por momentos, siente que sus nostalgias no terminan de acomodarse. Desde su primer libro notorio, *Siete de oro* —una de las claves iniciáticas de la generación del sesenta, publicada en 1969, al borde— Dal Masetto se pone en "orsay": narra desde la simple (o compleja) estructura narrativa del "fluir" de la vida una no-historia, hecha de latidos, de flecos de personajes que —como aquellos de Ibsen, pero atemperados en su sufrimiento de vivir por una sosegada ironía— "no pertenecen". Caminan de acá a Brasil, fuman marihuana y se emborrachan y encima se despiertan sin estar perdidos. Para colmo, el autor —quien antes había escrito un libro de cuentos que en 1963 tuvo primera mención del Concurso Casa de las Américas, *Lacre* y había sido premiado, más localmente, por un libro de poemas que se llamó *Canto rodado*, en la Municipalidad de General Roca— no enfatiza el lenguaje, lo tranquiliza, como si respirara algo natural. No hay mensaje, no se le establece —ni a los personajes ni al autor— filiación política conocida. Pero se le puede notar una marca literaria: la tendencia a la novela "del camino" —que Kerouac instaló en prosa, siguiendo a Dos Passos, anticipándose a Bucovsky; que Allen Ginsberg, terminando a Ezra Pound, dio a la poesía, en los Estados Unidos— y esa furiosa cópula de Pavese con el dialecto de la tierra que, ya empantanado en Roma, la capital, había perdido. Desterrados de un lado y del otro, los maestros de Dal Masetto (y de más de uno de la generación del sesenta) buscaban dos puntas: la recuperación de la historia que da la estructura posible, siempre inalcanzada, del relato, y la fijación de una tierra propia —"como los perros cuando mean su territorio", suele decir Ricardo Piglia— que tiene que dar en un modo, una manera reconocible de la prosa, algo que va más allá y viene más acá de eso que los profesores llaman "estilo". Ya se sabe que Antonio Dal Masetto nació en Italia, en un pueblo del norte de Italia, en 1938. En 1950 emigró a la Argentina, pero la familia fue derecho a Salto, un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Borges —otra vez— decía que *Don Segundo Sombra* era un libro lleno de nostalgia: "La nostalgia —hablaba, más o menos— de estar escribiendo en París una novela sobre un pueblo de la provincia de Buenos Aires que se está llenando de gringos". El niño Dal Masetto fue uno de esos gringuitos. Por eso, ahora —después de haber clavado otros hechos notables: *Fuego a Discreción*, novela de 1983, y *Siempre es difícil volver a casa*, thriller criollo de 1985, bestsellers en su momento— encara este viaje sin nombre que da vueltas a un nogal, en aquel pueblo del norte de Italia desde el que hablan sus ancestros.

—El centro del relato sería ese nogal del patio. Una presencia fundamental, como elemento de arraigo en la memoria de alguien que se ha criado al lado de ese árbol. Quien no conoce un nogal no conoce un árbol, dice la que narra, una mujer de ochenta años: Está diciendo que no conoce nada. Es el árbol más fuerte dentro de aquel terreno. Tiene correspondencia con la casa, es la marca de la realidad de los personajes, en el más puro estilo italiano. Todo ocurre en un pueblo del norte de Italia. La familia empezó con un terreno que la bisabuela del personaje logró de casualidad, porque ganó en la lotería, y se empezó a levantar esa casa. Primero una pieza donde vivir, para después ir agregando. El mismo estilo que trasladarían después los inmigrantes a América.

—¿Ocurre en un pueblo de Italia? ¿Es un presente?

—Como se ve en el primer capítulo, no. Ocurre en la memoria de una mujer que a la edad de ochenta años —desde un pueblo de la provincia de Buenos Aires, al que llegó después de la Segunda Guerra Mundial— evoca aquel otro pueblo de Italia en el que nació. Es un enlace en el tiempo, de pueblo a pueblo. O sea que la historia, narrada desde la Argentina, toma la infancia y la juventud de esa mujer. Pero, fundamentalmente, rescata una época —medio siglo, en realida que pasa por la Primera Guerra Mundial, el fascismo y la Segunda Guerra—, una época vista por una campesina. No desde un punto de vista analítico, histórico y posterior, sino desde el punto de vista de alguien ante cuyos ojos están pasando las cosas; de alguien que las sufre, que las está viviendo. Ante su mirada los hechos son inmediatos e influyen en su vida particular, en el trabajo, en el alimento.

—¿Y lo político?

—Ahí está, en esas cosas. Están los tropiezos con la violencia, que no le son comprensibles. Sobre todo en los primeros años de este personaje.

—¿Usted es uno de los que creen que acá todavía no se escribió la gran novela de la inmigración?

—No pienso en las grandes novelas, esos frescos fastuosos que de tanto abarcar no dan nada. Se debe haber escrito, por partes, pero tal vez nunca desde este lugar, desde quien está en el medio de los acontecimientos y los mira pasar sin cuestionarlos. Sin una mirada ajena. Porque la novela termina exactamente en el momento en que toman el barco hacia América.

—¿Sin nudo, sin cierre?

—Sin moñito. Lo que queda inevitablemente planteado como interrogante es esto: ellos vienen a buscar la famosa América y lo que dejan es una tierra devastada. Pero también dejan todo el esfuerzo que hicieron para mantenerse vivos en medio de ese desastre, simbolizado, fundamentalmente, por la casa.

—¿A qué venían, Antonio? Hace poco, Adelina de Viola, concejala y candidata a diputada por la Unión del Centro Democrático, dejó escapar una síntesis algo brutal: "Los inmigrantes vinieron porque sabían que aunque se tuvieran que pasar cuatro años atrás del mostrador de dependientes, al quinto se quedaban con el almacén". Esa vieja admonición sobre la dejadez de los criollos. ¿Ese es el punto de vista de la novela?

—No, claro. Yo me siento argentino, pero a veces siento claramente que nací en Italia. Una sensación de ser extraño. Pero ellos, mis padres, venían a un mundo lleno de promesas, donde, según los que escribían desde acá, los parientes que habían venido primero, la plata se hacía fácil. Hasta había, hay, un cuento. Un inmigrante, al llegar al puerto de Buenos Aires, apenas deja la escalerilla del barco se tropieza con un fajo grande de billetes y los patea y dice: "Ya empiezan a joder".

—Después de Fuego a Discreción, *una novela donde de algún modo retornan los personajes marginales de* Siete de Oro, *y regresan en los finales de la dictadura militar, y ven despojos, y todo eso está trabajado en esa especie de fatalidad existencial a la que corresponde una prosa ceñida, salió* Siempre es difícil volver a casa, *novela de estructura policial, donde la trama parece (parece, aclaro) imponerse a la prosa. Esta indagación en la memoria más vieja, más íntima ¿es un viraje?*

—No estoy muy seguro, pero encarar esto era una especie de compromiso atávico, que seguramente no tiene que ver con la literatura que uno quiere hacer, pero es una manera de dejar testimonio de cosas que también son mi memoria. Pero no partiendo desde mí, sino desde una mirada virgen a toda especulación o literatura. Hay una imagen: toda la familia, el abuelo del personaje (una mujer que al recordar tiene ochenta años), el padre y el mismo personaje, esta mujer, durante esas tres generaciones han estado trabajando en la casa, en la construcción de la casa, que es el nudo de su existencia. Y cuando la casa está lista (y en el medio hay dos guerras, el fascismo, todo eso), ahí, en ese momento, la tienen que abandonar.

—Recién hubo algo: "La literatura que no quisiera hacer", ¿cómo sería?

—La que yo quisiera hacer es la que está entroncada con *Siete de oro* y *Fuego a Discreción*, una literatura de testimonio personal, más íntima.

—Sin embargo, a todas las variantes de esos libros los cruza la marginalidad o el desarraigo.

—El mecanismo que hace que aparezcan ciertos temas es secreto. A veces, y sobre todo mirado desde afuera —o, con el tiempo, por uno mismo— sucede que todo tiene algo que ver. Y cuando uno se mete a decirlo desde la escritura, pasa que a uno le falta algo. A un tipo como yo, digo: que nació en Italia y desde los doce se crió en un pueblo de la provincia y después vino a la Capital. Que le falta un suelo debajo de los pies.